

Homilía de Mons. Sergi Gordo en la eucaristía con motivo de la fiesta del beato Francisco Palau Quer

Comunidad Cristiana de los Carmelitas Descalzos de Badalona

7 de noviembre de 2019

Lecturas: Isaías 61, 1-3a. Salmo responsorial 22 («El Señor es mi pastor, nada me falta»). Apocalipsis 21, 9b-14. Evangelio de san Marcos 16, 15-20.

1. Saludo

Queridos sacerdotes concelebrantes y padres Carmelitas Descalzos,

queridas religiosas Carmelitas Misioneras Teresianas

queridas religiosas Carmelitas Misioneras

queridos miembros del Carmelo Misionero Seglar (CMS), que ahora celebra los 25 años de su fundación,

queridos hermanos y hermanas en Cristo.

Después de la salutación a los laicos del Carmelo Misionero Seglar, cuyos miembros renovaréis vuestros compromisos en el momento del ofertorio en esta eucaristía, quisiera añadir un saludo agradecido a un laico, el escultor de Palma, Damià Ramis Caubet, hijo de la escultora Remígia Caubet, que esculpió la imagen del P. Palau Quer en 1998, imagen que hoy nos acompaña en esta fiesta y que será bendecida a continuación.

Todos habéis preparado esta celebración y le habéis dado un buen sentido catequético, centrado en el testimonio que nos dejó el carmelita teresiano P. Francisco Palau Quer, que fue beatificado por el papa san Juan Pablo II en Roma el 24 de abril de 1988 y del que esperamos su canonización. Pidámoslo hoy al Señor, si esa es su voluntad, y esperemos con confianza la decisión de la Iglesia en este sentido.

Como obispo auxiliar, os traigo el saludo del cardenal Juan José Omella, que no ha podido presidir esta celebración, ocupado en otras obligaciones. Y os traigo también el saludo y la oración de mi hermano en el episcopado, Antoni Vadell, que tanto ama a su tierra natal de Mallorca. En este sentido, hoy no podemos olvidar la importancia que tiene en el beato Palau aquellos lugares de las Islas Baleares donde vivió, sobre todo en Es Cubells –ahora, el santuario mariano de Ibiza– y Es Vedrà, que ha sido el Sinaí y el Horeb del P. Palau. Pero tampoco no podemos olvidar Menorca y Mallorca, como recordaremos hoy. Durante una predicación suya en Menorca, el P. Palau recibió una especial iluminación sobre el misterio de la Iglesia, que se convertirá en los cimientos de toda su vida y apostolado. Y durante su estancia en Mallorca, por encargo del obispo Miquel Salvà, el P. Palau fue nombrado director y animador de los ermitaños de Sant Honorat de Randa, un lugar lleno de significación religiosa.

Después de este saludo y de estos recuerdos de las Islas Baleares, quisiera recordar, a la luz de la Palabra de Dios que hemos escuchado, estas dos realidades de la vida del beato P. Palau:

- Primero, el P. Palau como modelo de catequista y de misionero popular.
- Y, segundo, el P. Palau como teólogo y testimonio del amor al misterio de la Iglesia de Jesucristo.

2. El beato Francisco Palau Quer, un gran misionero popular (primera lectura y Evangelio)

El beato Francisco Palau Quer (nacido en Aitona, en 1811, y fallecido en Tarragona, en 1872) vivió un siglo XIX en nuestro país políticamente muy convulso y muy difícil para la Iglesia. Él sintió, tras estudiar unos años en el Seminario de Lleida, la vocación al Carmelo Descalzo de Santa Teresa de Jesús y de San Juan de la Cruz, y como otros religiosos vivió la exclaustración de 1835, cuando él apenas había terminado hacía poco el noviciado en Barcelona. Pero permaneció siempre fiel a su vocación carmelitana de dimensión contemplativa y de apostolado sacerdotal. Con el permiso del provincial fue ordenado sacerdote y fue en Cataluña, y de manera especial en nuestra ciudad y diócesis de Barcelona, donde ejerció su apostolado como predicador incansable.

El P. Palau fue –como se ha escrito– «un carmelita en la intemperie», un contemplativo en la acción, fuera del claustro. En Aitona aún se conserva «la Cueva del P. Palau» cercana a la población, a la que él se retiraba a hacer penitencia y oración. Él convirtió las dificultades en oportunidades. En lugar de hundirse o de perder tiempo lamentándose por la situación tan complicada que vivía, él se mantenía firme bien unido como nunca a Jesucristo.

Durante unos años vivió exiliado en Francia. De vuelta a Cataluña, fue acogido en Barcelona por el obispo Josep Domènech Costa Borràs. El P. Palau, a requerimiento del Prelado, se entregó a la pastoral diocesana en los barrios periféricos de la ciudad, promovió la creación de parroquias en barrios como Poblenou (la iglesia de Santa Maria del Taulat) y Gracia (capilla de la Virgen del Pilar), y sus últimos años de vida se entregó a la atención a personas marginadas en el barrio de Vallcarca, también llamado de «Penitents», por la obra que allí llevó a cabo el P. Palau. El papa Francisco siempre nos invita a salir, a ir a las periferias geográficas y existenciales. Pues eso mismo ya lo vivía el beato Palau en el siglo XIX.

Entre otras actividades fue director de los ejercicios espirituales de los seminaristas que se tenían que preparar para recibir las órdenes sagradas. Él fue el fundador y director de la Escuela de la Virtud.

¿Qué fue la Escuela de la Virtud? Hoy la llamaríamos una escuela de teología y de espiritualidad para los laicos o, mejor aún, una catequesis de adultos sistemática y bien preparada. Acusada de instigar la huelga obrera de 1854, la Escuela de la Virtud fue cerrada por las autoridades civiles y militares, y el P. Palau desterrado a la isla de Ibiza, donde permanecerá seis años (1854-1860). El islote de Es Vedrà, donde él hacía oración, se convertirá en el símbolo de este exilio.

En la Escuela de la Virtud, el P. Palau defendía que «la virtud es camino de libertad» –tesis bien moderna en pleno siglo XIX– e impartía una catequesis abierta a las realidades del mundo, también en temas como las relaciones laborales y la responsabilidad de quienes llevan la vida política... Sus catequesis abiertas a las obligaciones sociales del cristiano le llevaron al exilio ibicenco. Él amaba tanto a esta Escuela que la defendió como verdadera catequesis cristiana en uno de sus libros: *La Escuela de la Virtud vindicada* (1859). En este libro, el P. Palau defendía el carácter estrictamente catequético de su Escuela. La Escuela duró tres años: de 1851 a 1854.

El templo barcelonés que más nos recuerda al P. Palau es la iglesia de Sant Agustí, en la plaza del mismo nombre, cerca de la Rambla y del convento carmelita en el que él fue novicio y religioso profeso. En la iglesia de Sant Agustí tenía su sede la Escuela de la Virtud. Ahí él hacía sus catequesis dominicales de dos horas de duración, que tuvieron un gran eco popular. La prensa de aquellos años hablaba de una asistencia de dos mil personas –con muchos obreros y también jóvenes– en cada sesión que se celebraba en domingo a las seis de la tarde. Cada curso tenía un año de duración con 52 clases (correspondientes a los 52 domingos del año).

Por todo ello podemos decir que en la vida del P. Palau se cumplió de modo ejemplar lo que hemos escuchado en la primera lectura del libro de Isaías (que también fue el proyecto de Jesucristo manifestado en la sinagoga de Nazaret):

«El Espíritu del Señor, Dios, está sobre mí,
porque el Señor me ha ungió,
me ha enviado para dar la Buena Noticia a los pobres,
para curar los corazones desgarrados,
proclamar la amnistía a los cautivos,
y a los prisioneros la libertad.»

En medio de exclaustaciones y de exilios, el P. Palau fue un valeroso servidor del mandato de Jesús a sus Apóstoles que hemos escuchado en el Evangelio proclamado hoy: «Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación. El que crea y sea bautizado, se salvará; el que no crea será condenado.» «¡Id!» Dice Jesús. «¡Salgamos!» se titula nuestro Plan Pastoral Diocesano. El P. Palau nos recuerda que debemos ser una Iglesia «en salida», como insistentemente nos pide siempre el buen papa Francisco.

En la vida de Francisco Palau se cumplieron bien concretamente estas palabras que hemos escuchado: «A los que crean, les acompañarán estos signos: echarán demonios en mi nombre» – también realizó el ministerio de exorcista–, «hablarán lenguas nuevas [...]; impondrán las manos a los enfermos, y quedaran sanos».

Aliviar el dolor fue una de sus constantes preocupaciones y este ministerio lo han continuado y lo continúan las congregaciones y las obras que él fundó: las Carmelitas Misioneras y las Carmelitas Misioneras Teresianas, inspirándose en la escuela espiritual del Carmelo Teresiano, pero uniendo el compromiso contemplativo y espiritual con el compromiso social en favor de las personas más vulnerables de la sociedad, de los que hoy llamamos marginados, excluidos o «descartados» (papa Francisco).

3. El P. Palau, un gran contemplativo del misterio de la Iglesia (segunda lectura)

Termino con una reflexión sobre el segundo punto que os he anunciado: el P. Palau como teólogo y modelo de amor a la Iglesia. Recuerdo que cuando un servidor era seminarista, en los años 80, se celebró un Congreso sobre el P. Palau en el Seminario Mayor de Barcelona. Uno de los ponentes de dicho Congreso fue el carmelita descalzo Eulogio Pacho, profesor eminente en el Teresianum de Roma. Y este gran experto en la obra del beato Palau nos habló sobre su «eclesiopatía», es decir, sobre su sufrimiento por la Iglesia; sufrimiento debido a su amor por la Iglesia. Quien ama, sufre. Se

ha escrito esto: «La acción del carmelita Francisco Palau sólo se puede entender a partir de su amor por la Iglesia.»

Creo que es una afirmación bien justa. En el fondo, el P. Palau es un místico, un hombre entregado a la contemplación del misterio de Dios que es misterio de amor. Y una aportación muy significativa del beato P. Palau es que él fue, a la vez, un contemplativo de la Iglesia. Dejarme hacer una breve referencia a la segunda lectura que hemos escuchado.

¿Qué nos ha dicho la segunda lectura, que es un fragmento del Apocalipsis? Este fragmento me parece escogido con toda la intención para decirnos este ejemplo de amor a la Iglesia, tan importante en la vida y la espiritualidad del P. Palau.

El vidente del Apocalipsis nos habla de la Iglesia, cuando escribe esto:

«El ángel me dijo:

»—Mira, te mostraré la novia, la Esposa del Cordero» (El Cordero inmolado es Cristo; la novia del Cordero es su Iglesia, redimida y salvada con su sacrificio en la Cruz).

Y añade: «Y me llevó en Espíritu a un monte grande y elevado, y me mostró la ciudad santa de Jerusalén que descendía del cielo, de parte de Dios, y tenía la gloria de Dios; su resplandor era semejante a una piedra muy preciosa, como piedra de jaspé cristalino.»

Estos y otros detalles de la lectura nos llevan a la contemplación mística de la Iglesia. El P. Palau es un místico, un hombre entregado a la vivencia del Dios que es Amor. Pero sus escritos nos manifiestan que este amor él lo dirigía también al misterio de la Iglesia, en los años del Concilio Vaticano I —que él siguió trasladándose a Roma— y muchos años antes del Concilio Vaticano II, que fue —como sabéis— «el Concilio de la Iglesia de Cristo». El P. Palau es un místico eclesial.

Podemos decir, por lo tanto, que el beato P. Francisco Palau fue también un contemplativo de la Iglesia, sobre todo de su experiencia espiritual de 1860 en Ciutadella (Menorca), después de la especial iluminación espiritual que allí recibió de Dios, en ocasión de la predicación que allí hizo. El P. Palau penetra la profundidad de las palabras de san Pablo: «Cristo amó a su Iglesia: Él se entregó a sí mismo por ella». (Ef. 5,25). Desde entonces, ve que la misión de su vida es amar a la Iglesia y predicar al mundo su belleza y su misterio. «Vivir para la Iglesia y por la Iglesia» es su lema, que él sirvió con la fortaleza de su personalidad. Él decía: «Tú sabes, Iglesia santa, que si vivo, vivo por ti y para ti.»

Por eso la última palabra que hoy nos dice es: «Amad y servid a la Iglesia, que es la dulce esposa de Cristo.» La Iglesia es Cristo prolongado en el espacio y en los tiempos hasta el fin del mundo. Que él nos enseñe a todos a amar y servir a la Iglesia. Y a las personas que dais continuidad a su carisma de Comunión, os conceda la alegría de sentir que sois parte del mismo Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia. Que así sea, y ¡muchas felicidades a todos!

Amén.

† Sergi Gordo Rodríguez

Obispo auxiliar de Barcelona